

"Paciencia, Paciencia!"

por

ARNOLDO CANCLINI

●

DRAMA MISIONERO
EN CUATRO ACTOS
PARA
JOVENCITOS VARONES

●

Sobre la vida y obra de Federico S. Arnot

Este libro es propiedad
de la: B. P.

El bibliotecario



“¡Paciencia, Paciencia!”

por

ARNOLDO CANCLINI



DRAMA MISIONERO
EN CUATRO ACTOS
PARA
JOVENCITOS VARONES

★

JUNTA BAUTISTA DE PUBLICACIONES

Rivadavia 3476, Buenos Aires, Argentina

Queda hecho el depósito
que marca la ley.

IMPRESO EN ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINA

PERSONAJES:



De raza blanca:

1. FEDERICO S. ARNOT (Actos I, II, III y IV). Misionero inglés.
2. DAN CRAWFORD (Acto IV). Idem. Sucesor de parte del trabajo del primero.
3. CABALLERO 1 (Acto II). Amigo inglés de Arnot.
4. CABALLERO 2 (Acto II). Idem.
5. CABALLERO 3 (Acto II). Idem.
6. ROBERTO MOFFAT (Acto II). Célebre misionero jubilado.
7. SILVA PORTO (Acto I). Comerciante portugués, amigo de Arnot.

De raza negra:

8. MISHE-MISHE (Actos III y IV). Verdugo del rey negro Msidi y luego diácono en la iglesia del misionero Dan Crawford.
9. MSIDI (Acto III). Rey zuelo negro.
10. OKAVANGU (Actos I y III). Capataz de los cargadores negros de Arnot.
11. KALUNDA (Acto I). Cargador negro.
12. KASOMA (Acto I). Idem.
13. SANJI (Acto I). Idem.
14. LOAMBO (Acto I). Idem.
15. KAZEMBE (Acto III). Rey zuelo negro en desgracia.

★

*La acción en distintos lugares del Centro
de Africa alrededor de los comienzos del
siglo actual.*

PROLOGO

FEDERICO S. ARNOT es un caso extraordinario de misionero. Movidó por un impulso irresistible, recorrió grandes extensiones del continente africano predicando el Evangelio y, muy especialmente, abriendo el sendero para los que habrían de seguirle más tarde.

Su obra tiene gran parecido con la del hombre que le inspiró a realizarla: el gran David Livingstone. Siendo niño fué amigo de los hijos del célebre misionero y explorador y oyendo la lectura de sus cartas fué que se despertó su vocación.

Luego fué al Africa a continuar su tarea. Del mismo modo que Livingstone, no siempre es fácil señalar el resultado espiritual directo de su tarea, pero sí es muy fácil comprobar cómo, sin sus afanes, la tarea de los que fueron después hubiera sido imposible. Fué en ese sentido un verdadero pioneer, o sea el que va adelante abriendo el camino para los que llevarán a cabo la verdadera batalla. De entre quienes siguieron directamente en sus pasos, merece señalarse a Dan Crawford, que aparece en el último acto de esta obrita, y que escribió algunos libros que se hicieron muy famosos en inglés y que ayudaron mucho a crear interés en el Africa.

En este drama hemos querido destacar una de las características más salientes de aquel hombre, que a la vez es una virtud imprescindible en la tarea y la vida cristiana: la paciencia. El fué un ejemplo en eso y esperamos que estas páginas servirán para despertar la ambición de serlo también en otras vidas.

—EL AUTOR.

"¡PACIENCIA, PACIENCIA!"

ACTO PRIMERO

La escena en una planicie del Africa, cerca de Bihé, Angola. Sólo se ven algunos árboles a lo lejos. En el lugar mismo, puede haber arbustos y un espeso pastizal.

Al levantarse el telón, están pasando los negros cargadores. Van escuetamente vestidos y llevan cada uno un bulto o cajón. Algunos van armados. Después que pasan dos o tres, entra Okavangu, el capataz, que se distingue por vestir de pantalones cortos y una casaca y llevar un rifle en banderola. Cuando Okavangu llega a mitad de la escena se detiene y exclama en voz alta:

OKAVANGU.—¡Eh, alto un poco! Ya han terminado todos de cruzar el río. Vamos a descansar un poco.

Se detienen todos y comienzan a dejar los bultos en el suelo. Algunos se sientan. Los que tienen cajones pueden sentarse encima. Okavangu deja su rifle en el suelo.

KALUNDA.—¡Ya era hora! Ya no daba más.

KASOMA.—Creo que ningún río nos ha dado tanto trabajo.

SANJI.—Yo no sé por qué el *bwana* Porto se empeña en apresurar la marcha...

OKAVANGU.—Bueno, basta. No rezonguen más. Parece que no han aprendido nada del *bwana* Arnot. El sufre más que ustedes y sin embargo siempre está diciendo "Paciencia, paciencia".

KASOMA.—Vamos a ver si lo dice ahora...

SANJI.—Yo no creo que llegue a perderla nunca. ¿Viste cómo tenía los pies?

KASOMA.—No. ¿Qué le pasó?

SANJI.—Es que como tenía las botas tan rotas quiso probar de andar descalzo como nosotros y se le hicieron cuatro heridas tan graves que no pudo seguir...

KALUNDA.—¡Ah, con razón no viene adelante!

KASOMA.—¿Y qué hizo?

KALUNDA.—¡Pues qué va a hacer! Se sentó tranquilamente en un tronco, se vendó las heridas, lo miró así al *bwana* Silva Porto y le dijo como siempre: "Ya ve usted lo bien que me viene haber aprendido a tener paciencia".

KASOMA.—Aquel humo que se ve allá lejos debe ser de Bihé. ¡Por fin llegaremos!

Mientras habla entra Loambo que se dirige a él bruscamente

LOAMBO.—¿Y sabes lo que eso quiere decir, no?

KASOMA.—(lo mira sin levantarse). No, no sé. ¿Qué te pasa conmigo?

LOAMBO.—¡Que ya llegamos a Bihé y no me has pagado lo que me debes!

KASOMA.—¿Lo que te debo? ¡Yo no te debo nada! ¡Y aquí no hables de esa manera! Debieras aprender tú también a tener paciencia, paciencia...

LOAMBO.—¡Todavía te burlas de mí con esa cara de hipópótamo enfermo! ¡Tú no sabes de qué soy capaz!

KASOMA.—(burlón). ¿De qué eres capaz? Pues, mira, no lo sé... Quizá de reclamar deudas que nadie te debe... o de correr más rápido que un leopardo para que no te alcance...

LOAMBO.—¿Qué estás diciendo? (furioso). ¡El que te alcanzará soy yo!

Se avalanza sobre el rifle que Okavangu ha dejado en el suelo y lo dirige contra el pecho de Kasoma. Intenta disparar pero el arma no funciona

LOAMBO.—¡Este rifle no funciona!

Lo tira al costado y mientras tanto Kasoma ha tomado un palo del suelo y se abalanza contra él.

KASOMA.—¡Te voy a arreglar!

Loambo se hace a un lado y cuando Kasoma va a golpearlo nuevamente, saca un cuchillo de la cintura y se lo clava en el costado cuando vuelve a lanzarse sobre él. Kasoma cae al suelo gritando.

OKAVANGU.—¿Qué has hecho, bárbaro?

Se dirige apresuradamente hacia el caído. Los demás hacen lo mismo, mientras Loambo mira ufano.

OKAVANGU.—(a Sanji). Me parece que está muy herido. Apúrate a buscar a los *bwanas* y díles lo que ha ocurrido. (Sanji sale corriendo).

OKAVANGU.—(a otro). A ver, ayúdame a acomodarlo.

Lo acuestan bien en el suelo.

OKAVANGU.—Sin embargo, no le sale mucha sangre...

Entran Arnot, Porto y Sanji; si se puede, hacen entrar también a otros negros.

ARNOT.—¿Qué ha pasado aquí?

SANJI.—Ya se lo dije, *bwana*.

Loambo aprovecha para escabullirse

OKAVANGU.—Fué Loambo, *bwana*; quería cobrarle una deuda.

PORTO.—Mejor que veamos cómo está este hombre...

Ambos se inclinan sobre él

ARNOT.—Traigan un poco de agua.

Vuelve a salir Sanji o algún otro

ARNOT.—(a Porto). ¿Cree usted que es grave?

PORTO.—No lo creo. Es una herida superficial.

ARNOT.—Por suerte no ha interesado ningún órgano.

Entra Sanji con el agua; Arnot la toma sin hablar y comienza a lavar la herida de Kasoma.

PORTO.—¡Estos negros diablos! ¡Todo lo arreglan así!

ARNOT.—Hay que tener paciencia, amigo, mucha paciencia...

PORTO.—Sí, de veras, ¡mucha paciencia, demasiada paciencia!

ARNOT.—(a Okavangu). ¡A ver, llévenlo con cuidado a algún lugar de sombra y denle agua fresca! Lávenle la cara para que despierte y cuiden que no se le acerquen las moscas a la herida...

OKAVANGU.—Sí, *bwana*.

Okavangu vigila que los otros levanten con cuidado a Kasoma

OKAVANGU.—Vamos, cuidado, cuidado...

Quando lo han levantado salen todos los negros con él. Arnot y Porto se sientan sobre un cajón con gesto de agotados. Porto se seca el sudor.

PORTO.—¡Qué calor infernal!

ARNOT.—Es un poco la nerviosidad de lo que ha pasado, sumada al cansancio del cruce del río.

PORTO.—Creo que es la primera vez que tardamos cuatro horas para cruzar un río... y pensar que mañana nos espera otro.

ARNOT.—Pero tengo entendido que no es tan grande.

PORTO.—No, por suerte no.

ARNOT.—Tendremos que acampar aquí. Esperaba llegar a la orilla del siguiente río para cruzar temprano a Bihé, pero parece que no podremos.

PORTO.—No, no conviene seguir. Ya ha empezado a oscurecer y he oído rondar a algunos leopardos...

ARNOT.—Pues tendremos paciencia y nos quedaremos aquí.

PORTO.—¡Con paciencia no va a echar usted a los leopardos!

ARNOT.—No se enoje, amigo Porto. Usted no entiende cuánta paciencia necesito yo. Hace meses que anhelo llegar

a Bihé para predicar allí el Evangelio y se me hace duro pensar en que quizá tardaremos un día más.

PORTO.—Yo no entiendo cómo pueden tener tanta paciencia ustedes los misioneros: los viajes son cansadores, los negros son sucios y pendencieros, la llanura está llena de fieras y mosquitos. ¡Y usted siempre diciendo "Paciencia, paciencia"! ¡Yo no lo entiendo!

ARNOT.—Lo creo, señor Porto. Lo que un misionero siente no lo entiende sino otro misionero. Y por suerte yo encontré al principio de mi carrera quien me enseñara la importancia de la paciencia...

PORTO.—¡Vaya, hombre! ¡Nunca me lo ha contado! ¿Quién era?

ARNOT.—Bueno, vea usted, fué en la reunión en que se me despedía en Inglaterra, cuando ya estaba por salir para aquí, que...

Mientras Arnot habla cae el

T E L O N

ACTO SEGUNDO

La escena en una salita en Inglaterra. Hay alguna mesita o armario y varias sillas "de Viena" o de algún otro tipo que de la idea de fin de siglo XIX.

Quando se levanta el telón, entran Arnot, elegantemente vestido y cuatro o cinco caballeros ingleses, conversando con animación.

CABALLERO 1.—Ha sido una hermosísima reunión.

CABALLERO 2.—Realmente el Espíritu de Dios estaba presente en todo momento.

CABALLERO 3.—Siéntense un momento mientras voy a pedir que nos traigan nuestros abrigos y sombreros...

VARIOS.—Bien, gracias...

Toman las sillas y se sientan en semicírculo
Sale el caballero 3.

ARNOT.—Es reconfortante saber que hay tanto amor despidiendo a uno que se va a la Obra.

CABALLERO 1.—Usted es un hombre muy apreciado aquí, hermano Arnot...

ARNOT.—No me entienda mal, por favor, no quiero decir que hay mucho amor a mi persona porque eso no tendría demasiada importancia. Me refiero al amor a la Obra de Dios que manifiesta tanta concurrencia, tanta emoción, tanto fervor en el "Amén" a las oraciones...

CABALLERO 2.—Realmente debemos dar gracias al Señor por ese espíritu...

CABALLERO 1.—¿Notó usted quién estaba en la reunión?

ARNOT.—Perdóname pero había tanta gente que no sé a quién se refiere...

CABALLERO 1.—Entonces con seguridad que no le ha visto.

ARNOT.—¡Por favor, hermano! ¿Quién era?

CABALLERO 1.—Moffat...

ARNOT.—¿Moffat, Roberto Moffat?

CABALLERO 1.—Sí, el mismo...

ARNOT.—¡El suegro de Livingstone que tanta influencia ha tenido sobre mí! Yo creo que es el más grande misionero que tiene hoy Inglaterra...

CABALLERO 2.—Estaba humildemente sentado por atrás. Quizá por eso usted no le vió.

ARNOT.—¡Cuánto lamento no haberlo visto! ¡Cuántas, cuántas cosas útiles tendría él para decirme en estos momentos!

Entra el caballero 3.

CABALLERO 3.—No se lamente, hermano Arnot. El señor Moffat está aquí y me dijo que le gustaría saludarle. Le encontré al ir en busca de nuestros sombreros...

ARNOT.—¡Hágalo pasar en seguida, por favor!

CABALLERO 3.—(*hacia afuera*). Pase usted, señor Moffat.

Entra Moffat. Es un hombre muy anciano de larga barba blanca. Cuando él entra, todos se ponen de pie y le demuestran mucho respeto.

MOFFAT.—Buenas noches, caballeros...

TODOS.—Buenas noches...

CABALLERO 3.—Tome asiento, señor Moffat (*le alcanza una silla*).

MOFFAT.—Muchas gracias (*sentándose*), pero, por favor, tomen asiento...

ARNOT.—Para mí es un privilegio que haya venido esta noche, señor Moffat.

MOFFAT.—El privilegio es mío, joven. Usted no se imagina cuánto agradezco al Señor que me permita ver otra generación de misioneros. Yo seguí el camino que abrió Van der Kemp, mi yerno, lo que hice yo y ahora usted, según he oído, piensa seguir aún más adelante...

ARNOT.—Es lo que espero con la ayuda del Señor...

MOFFAT.—El 1º ayudará como ha ayudado a los demás.

ARNOT.—Usted se imaginará, señor Moffat, que hay miles de cosas que quisiera preguntarle, pero no sé por dónde comenzar.

MOFFAT.—No se aflija, amigo. Lo que no le enseñe la experiencia, se lo mostrará el Señor.

CABALLERO 1.—Pero supongamos que usted debiera darle un consejo, uno solo. ¿Qué le diría?

ARNOT.—Sí, señor Moffat; hágame usted el favor: ¿Cuál cree usted que es el consejo más importante para un misionero que sale a su campo de trabajo?

MOFFAT.—(*pensando*). El consejo más importante... en fin, no todos estarán de acuerdo conmigo, pero mi experiencia me indica que debo darle tres consejos.

ARNOT.—(*ansioso*). ¿Tres? ¿Cuáles son?

MOFFAT.—El primero es tener paciencia. El segundo es tener más paciencia y el tercero es precisamente, tener mucha más paciencia...

ARNOT.—(*repitiendo*). Paciencia, más paciencia, mucha más paciencia.

MOFFAT.—Sí, amigo mío. Así es.

Mientras habla Moffat, cae el

TELON

ACTO TERCERO

La escena en la capital de Msidi, poderoso reyezuelo negro. A la derecha, algo hacia el centro, una gran silla hamaca grande, si es posible sobre una plataforma. A fondo se ven las chozas de los negros y se pueden oír sus cantos y el ruido de una ciudad. De ser posible, colóquense grupos de negros que pasan, para dar animación a la escena.

Al levantarse el telón están entrando Arnot y Okavangu.

ARNOT.—El rey me ha invitado a presenciar el juicio de Kazembe. No me resulta nada agradable, pero ya me he ido acostumbrando a las costumbres de esta tierra.

OKAVANGU.—Yo siempre lo dije: no sé cómo usted puede tener una paciencia tan extraordinaria. La verdad es que aquí nadie tiene interés en escucharle.

ARNOT.—Sí, es verdad que es así, pero cuando confiamos en Dios no podemos desesperar. Quizá sea cierto que no quieren escucharme a mí, pero con mi trabajo abro el camino para que vengan otros detrás y a ellos sí les van a escuchar. Además, nunca sabemos si una palabra que decimos hoy no tendrá fruto dentro de poco o mucho tiempo.

OKAVANGU.—Será como usted dice, *bwana*, pero yo no lo entiendo.

ARNOT.—Mira, allí viene Mishe-mishe (*señalando hacia afuera*).

OKAVANGU.—Ah, sí, es lógico que venga el verdugo cuando hay un juicio porque casi todos terminan dándole trabajo a ellos.

ARNOT.—Pero, ¿qué es eso que trae en la mano?

Entra Mishe-mishe, trayendo en la mano una cola de animal y otros dos objetos que se presume son un pedacito de cerebro de hiena y la nariz de la misma fiera. Si es posible, llevará en la cabeza una melena de león o algo parecido como realmente usaban los verdugos de Msidi.

ARNOT.—¿Qué dices, Mishe-mishe? ¿Qué traes allí?

OKAVANGU.—Fuí yo quien le dió permiso, *bwana*.

MISHE-MISHE.—Sí, de veras, como usted no estaba...

ARNOT.—Bueno, pero ¿de qué se trata?

MISHE-MISHE.—Es que el rey se enteró que usted anoche mató una hiena y me mandó buscar esto...

ARNOT.—¡Ajá! La cola y no sé qué más; parece el hocico. Pero, ¿para qué?

MISHE-MISHE.—¿Cómo, *bwana*, no lo sabe? Con un pedacito de cerebro de hiena los guerreros se hacen astutos como ella, con un pedacito de hocico descubren la caza como ella y con un pedacito de cola se hacen invisibles como la hiena...

ARNOT.—¡Que la hiena se hace invisible! ¡Y que ustedes también pueden hacerse invisibles! ¿Pero lo dices en serio?

MISHE-MISHE.—¡Claro!

ARNOT.—¡Las cosas que hay que oír!

OKAVANGU.—¡Paciencia, *bwana*, mucha paciencia!

ARNOT.—Ya lo creo que la preciso...

MISHE-MISHE.—Y usted no es bueno con nosotros porque no nos avisó cuando mató al leopardo; podríamos haberle sacado los bigotes y los dientes para usarlos como amuletos y entonces no nos agarra más ninguno. Y el otro día sus hombres agarraron una gran tortuga en el río y usted se la comió sin regalarnos la mandíbula que sirve para curar el dolor de muelas.

ARNOT.—¡Por favor, no sigas más!

OKAVANGU.—Si usted no se enoja, *bwana*, yo me voy, que me da mareos ver al rey juzgando. Yo conocí a Kazembe hace muchos años y era muy poderoso. ¡Y pensar que hoy casi seguro habrá de morir!

ARNOT.—Vete nomás si quieres (*Okavangu se aleja*)... y piensa en que tú también habrás de morir algún día.

Sale Okavangu

MISHE-MISHE.—Usted enseña cosas muy raras, *bwana*.

ARNOT.—Yo sé que te resultan raras, pero eso no quiere decir que no te convenga pensar un poco en ellas...

MISHE-MISHE.—Y no crea que no he pensado un ratito el otro día...

ARNOT.—¿Y qué has descubierto cuando pensabas?

MISHE-MISHE.—(*dubitativo*). Bueno, la verdad es que... yo no sé qué decirle...

ARNOT.—Sí, sí, ya me lo temía. ¿Me dejas que te haga una pregunta? (*Mishe-mishe hace una señal afirmativa*). ¿Te sientes feliz haciendo de verdugo?

MISHE-MISHE.—Y bueno... si y no... Cuando estamos todos los verdugos juntos y empezamos a cortar cabezas (*hace un gesto demostrativo*), ¡nos viene un entusiasmo! Pero a veces, después, me pongo a pensar, y... bueno, yo no sé... siento algo raro...

ARNOT.—Sí, eso raro es la voz de Dios que te dice que tu vida no anda bien.

MISHE-MISHE.—Por lo menos hay una cosa que no puedo olvidar y que hace meses me persigue en sueños.

ARNOT.—¿Me lo puedes decir?

MISHE-MISHE.—Sí, *bwana*. Hace un tiempo el rey condenó a muerte a una mujer joven que tenía un nenito chiquito en los brazos. Yo tuve que llevarla hasta el borde de su fosa para matarla allí... y cuando yo la iba a matar, ella me miró de una manera impresionante y me dijo: "Por favor, sean buenos con mi nene". Le aseguro, *bwana*, que muchas veces, cuando estoy durmiendo los ojos de esa mujer me persiguen y oigo su voz que me vuelve a decir lo mismo...

ARNOT.—Ah, Mishe-mishe, piensa que quizá Dios quiera decirte algo...

Se oye ruido de tambores afuera y de un grupo grande que se acerca.

MISHE-MISHE.—¡Viene el rey ¡Va a empezar el juicio!

Entra Msidi, seguido de su pueblo. El rey es un hombre anciano, vestido en forma distinta a los demás. Puede llevar una larga túnica, ajustada a la cintura con una tira de cuero o un cinturón de color. También puede llevar una tira de color ajustándole el cabello hacia arriba y una gran cantidad de collares de cuentas muy gruesas. En las muñecas y tobillos puede tener una larga serie de pulseras metálicas.

Junto con él, varios personajes de la corte, vestidos también con cierto "lujo" y luego un grupo de negros, lo más numeroso po-

sible. A su lado se ubicarán varios verdugos, vestidos igual que Mishe-mishe; si es posible con pieles de león sobre la cabeza.

El rey entrará con aire de gran solemnidad mientras afuera tocan los tambores y se dirigirá a la silla hamaca, que le servirá de trono, mientras sus súbditos se arrodillan e inclinan la cabeza. Cuando Msidi se ha sentado, golpea las manos y todos se levantan.

MSIDI.—(*a Arnot*). Buen día, *bwana*; me alegra que hayas venido.

ARNOT.—Buenos días, rey; espero que veré tu justicia obrando con rectitud y prudencia.

MSIDI.—Es lo que siempre he hecho. Para algo soy el Nabucodonosor del Africa. ¿No es verdad?

TODOS LOS NEGROS.—¡Sí, sí!

OKAVANGU.—(*que ha entrado con los demás y se ha ubicado detrás de Arnot*). ¿Qué va a hacer, *bwana*? ¡Paciencia!

MSIDI.—(*en alta voz*). ¡Traed a Kazembe!

Salen Mi he-mishe y demás verdugos

MSIDI.—¿Supongo que sabes quién es Kazembe, *bwana* Arnot?

ARNOT.—He oído hablar mucho de él, efectivamente.

MSIDI.—Pues oirás hablar de él por poco tiempo más...

ARNOT.—¿Tan seguro estás del resultado del juicio?

MSIDI.—El rey siempre está seguro de sus juicios. Kazembe ha sido un rey muy poderoso, pero me ha ofendido y... ¡Allí lo tienes!

Entran los verdugos trayendo a Kazembe con los brazos atados. También está vestido como jefe, en forma similar a Msidi. Al entrar hace una reverencia al rey.

MSIDI.—¡Kazembe!

KAZEMBE.—Sí, rey Msidi.

MSIDI.—¿Sabes de qué se te acusa?

KAZEMBE.—No, rey Msidi.

MSIDI.—¿No lo sabes? Pues yo te lo diré... ¿No has ofendido tú a mi esposa Vahemba?

KAZEMBE.—Nunca.

MSIDI.—Pues ella dice lo contrario. Ella te ha acusado de matar a algunos de sus familiares.

KAZEMBE.—Eso ocurrió en la guerra hace muchos años. Ahora nuestros pueblos están en paz, como lo juró su padre.

MSIDI.—Eso no importa. Tú has ofendido a mi esposa y ella no cesa de pedirme tu cabeza. Quizá podría perdonarte, pero debo preservar la paz en mi casa. ¿Entiendes, no?

Pausa. Kazembe no contesta.

MSIDI.—¿De modo que imaginas lo que te espera?

KAZEMBE.—Sí, no es difícil.

MSIDI.—Bien, el juicio ha terminado. Que los verdugos lo lleven y cumplan su misión.

Se oye un griterío de los negros. Los verdugos toman a Kazembe y le sacan afuera. Salen todos detrás de ellos, quedando solos Arnot y Msidi. Después de un momento éste habla.

MSIDI.—¿Has visto mi justicia, *bwana* Arnot?

ARNOT.—No, no la he visto. Sólo he visto que condenaban a un inocente y que ello te traerá perjuicio.

MSIDI.—¿A mí?

ARNOT.—Siempre te he hablado de la paciencia de Dios...

MSIDI.—Y me has dado un ejemplo de tu conducta.

ARNOT.—(*como si no le oído*). Pero algún día esa paciencia terminará y entonces deberás dar cuenta a él.

MSIDI.—Bueno, bueno, cambiemos de tema. ¿De modo que estás preparándote para dejarnos y volver a la costa?

ARNOT.—Así es, rey. Lamento tenerme que ir antes de tocar tu corazón, pero...

MSIDI.—¿Y tienes todo lo que necesitas?

ARNOT.—Aun me falta algo de provisiones y algunos cargadores más que me acompañen...

Entran Mishe-mishe y algún otro de los verdugos. Msidi interrumpe a Arnot.

MSIDI.—¿Habéis terminado ya?

MISHE-MISHE.—Sí, rey. Mis compañeros están cortando con cuidado su cabeza para traerla en una pica a la reina.

MSIDI.—Muy bien, les felicito por lo rápido de la tarea. ¿Qué piensas, de ello, *bwana* Arnot?

ARNOT.—Ya lo sabes y no quisiera repetirlo delante de tus súbditos.

MSIDI.—He tenido una idea. ¿Te gustaría llevarte a Mishe-mishe como cargador? Es un hombre muy laborioso, muy fuerte y sobre todo de buen corazón... Quizá consiguieras algo con tu paciencia...

ARNOT.—Perfectamente; creo que es la persona que más d' searía.

MSIDI.—¿A Mishe-mishe, el verdugo?

ARNOT.—Sí, rey Msidi. Dios me ha enseñado a tener paciencia y tengo fe en El que quizá llegue a tocar el corazón de Mishe-mishe. Sólo dentro de unos años sabremos la respuesta.

Mientras habla cae el

T E L O N

ACTO CUARTO

La escena en la estación misionera del lago Mweru, a cargo del misionero Dan Crawford. Es una habitación humilde con algunos muebles sencillos: una mesa, algunas sillas, algún texto en la pared. Cuando se levanta el telón, Crawford está trabajando en la traducción de la Biblia. Está sentado a la mesa, delante de distintas ediciones de la Biblia, otros libros y varios cuadernos. Los va consultando y escribe poco a poco. Pasa un momento en silencio así, cuando se oye una voz afuera.

VOZ AFUERA.—¡*Bwana* Arnot! ¡No lo esperábamos tan pronto!

Al oír la voz, Crawford se levanta rápidamente y se dirige a la puerta y en el mismo momento entra Arnot, muy avejentado, y ambos se abrazan.

CRAWFORD.—¡Mi amigo Arnot! ¡Cuánto me alegro de verlo! ¡Qué agradable sorpresa! Yo no creí que llegaría antes de mañana!

ARNOT.—(*sentándose cansado*). La verdad es que yo tampoco creía llegar tan pronto. Y más verdad todavía es que me siento muy, pero muy feliz de estar aquí con ustedes. Se ve que tienen un lindo trabajo.

CRAWFORD.—Sí, es cierto; el Señor nos ha bendecido.

ARNOT.—Es un modelo esta estación misionera con sus casitas limpias y sus negros bien arreglados. (*Mirando la mesa*). Pero parece que lo he sacado de su trabajo...

CRAWFORD.—No importa; estoy acostumbrado a las interrupciones. Es una de las cosas en que tengo que aplicar esa paciencia que usted me insistió tanto que debo cultivar. Estaba traduciendo la Biblia y le aseguro que es algo que realmente requiere paciencia...

ARNOT.—Y me parece que usted ha resultado ser un buen discípulo. He leído algunas cosas sobre su trabajo y he visto que realmente no sólo practica la paciencia que yo le enseñé, sino también la que le enseñó Cristo...

CRAWFORD.—Bueno, bueno, no es el momento de hablar de esas cosas. Máxime cuando hace un rato pensaba cómo alguno de los frutos que yo recojo son frutos, no de mi paciencia, sino de la suya...

ARNOT.—¿Cómo?

CRAWFORD.—Usted no se imagina qué fácil es predicar el Evangelio en algunos lugares de esta región. Usted mismo sabe lo que ha significado la influencia de Livingstone y cómo tantos años después los negros aun le recuerdan y veneran. Yo puedo asegurarle que también hay muchos que cuando saben que yo soy amigo del *bwana* Arnot me escuchan con más atención y algunos de ellos aceptan el mensaje.

ARNOT.—Es como en los tiempos apostólicos: uno siembra y otro cosecha, pero todo es para la gloria de Dios. ¿Y cómo le va con su traducción?

CRAWFORD.—Es un trabajo lento, pero tengo un buen ayudante, un diácono de nuestra iglesia aquí. Se llama Mishe-mishe.

ARNOT.—¿Mishe-mishe? Vea usted, hace muchos años yo tuve un cargador que se llamaba así. En aquel tiempo era uno de los verdugos de Msidi.

CRAWFORD.—Pues sepa usted, amigo Arnot, que es el mismo...

ARNOT.—(con un movimiento). ¡Cómo! ¿Es verdad? ¡Parece mentira! Pero ¿cómo lo sabe?

CRAWFORD.—Porque él me lo ha dicho. Me ha contado del tiempo en que trabajó con usted y de la paciencia que tuvo con él cuando le hablaba de una mujer que él había muerto y que se le presentaba en sueños...

ARNOT.—Me acuerdo perfectamente de él. Parecía mentira que un hombre tan sensible pudiera hacer un trabajo tan horrible.

CRAWFORD.—Es lo que pasa con estas almas sumergidas en el paganismo. Lo encontré un día en forma notable. Andaba por el país de Msidi hace ya mucho y al salir del pueblo me perdí. Ya no sabía qué hacer cuando oí una voz de entre el pasto. Era Mishe-Mishe que después me mostró el camino. Y desde ese día no nos separamos más...

ARNOT.—El le mostró el camino al pueblo y usted le mostró el camino a la ciudad celestial. ¿Podría verlo? Me alegraría tanto...

CRAWFORD.—No hay ningún inconveniente. Vive en una choza aquí enfrente y lo esperaba de un momento a otro, de modo que casi es lógico que lo mande buscar. No debe saber que usted ha llegado sino ya habría venido.

ARNOT.—(parándose). Entonces, si usted me hiciera ese favor...

CRAWFORD.—(se dirige a la puerta). Con mucho gusto. (Hacia afuera). ¡Eh, Vakubi, ve a buscar a Mishe-mishe y dile que venga pronto, por favor!

VOZ AFUERA.—Voy enseguida, *bwana*.

CRAWFORD.—(dirigiéndose a Arnot). Con esta conversación he descuidado mis deberes de huésped. Sin duda usted querrá lavarse un poco...

ARNOT.—Sí, le agradecería si fuera posible.

CRAWFORD.—¡Cómo no! Venga por aquí que encontrará agua, jabón y toalla.

Lo conduce a la salida opuesta a la que figura ser la puerta y Arnot lo sigue.

ARNOT.—Muchas gracias, no se moleste.

CRAWFORD.—(poniendo en orden los libros como si no fuera

a trabajar más con ellos). Ya sabía yo que le daría una gran alegría al hablarle de Mishe-mishe. ¿Quién se contiene?

Golpean las manos en la puerta. Crawford va hacia allí.

CRAWFORD.—¡Ah, Mishe-mishe! Adelante, adelante que tengo una sorpresa para ti.

Entra Mishe-mishe, correctamente vestido de blanco

MISHE-MISHE.—¿Para mí? ¡Dígame qué es!

CRAWFORD.—Sí, es una sorpresa para ti, pero no tienes que perder la paciencia, porque la sorpresa es precisamente una lección de paciencia.

MISHE-MISHE.—Ah, entonces ya sé: ya llegó el *bwana* Arnot.

CRAWFORD.—Debí imaginarme que con ese dato te darías cuenta.

Entra Arnot

MISHE-MISHE.—¡*Bwana*!

ARNOT.—¡Mishe-mishe!

Se abrazan

ARNOT.—(*mirándole sin soltarle los brazos*). ¡Qué hermoso es poder abrazarte como un hermano!

MISHE-MISHE.—¡Y yo hace años esperaba esta oportunidad!

ARNOT.—(*mientras se sientan los tres*). *Bwana* Crawford ya me ha contado que eres un diácono en la iglesia y que le ayudas mucho...

MISHE-MISHE.—He servido tanto a Satanás que ahora debo servir algo a Dios. ¡Si hubiera podido ser como usted!

ARNOT.—No digas eso; ¡me falta tanto también a mí!

MISHE-MISHE.—Por lo menos hay algo que no le falta; la paciencia. Puede usted estar seguro que si no fuera por la pa-

ciencia que tuvo conmigo cuando era pagano y mi mente se abría tan despacio y la que tuvo *bwana* Crawford para educarme en la fe, hoy seguiría cortando cabezas.

ARNOT.—Son los caminos de Dios, Mishe-mishe. Hoy aquel que era un gran rey, el poderoso Msidi, se ha muerto y nadie le recuerda, y tú que no eras nada al lado de él, estás haciendo una tarea de utilidad eterna.

CRAWFORD.—Y eso no hubiera podido ocurrir si no fuera porque usted descubrió el valor que había en él y le tuvo tanta paciencia.

ARNOT.—(*poniéndose de pie como para estirar las piernas*). Paciencia, paciencia. ¡Cuántas veces lo han dicho esta tarde! (*Se apoya en el marco de la puerta o en su defecto en el respaldo de la silla dando parcialmente la espalda a los demás, pero hablando para consigo mismo*). Paciencia, paciencia... Han pasado tantos años desde que el gran Moffat me dijo aquellas palabras y sin embargo todavía me sigue sonando su voz... (*dándose vuelta como si se acordara de los demás*). Yo soy muy humilde a su lado, es verdad, pero no puedo dejar de repetir sus palabras. Si ustedes que están siguiendo mi obra y todos los siervos de Dios y todos los cristianos aprendieran a no desesperar y tener paciencia en Dios, entonces veríamos maravillas y la Obra nunca se detendría. ¡Qué gloriosa palabra: paciencia, paciencia!

Mientras dice las últimas palabras cae lentamente el

T E L O N

OBSERVACIONES:

1. — HISTORICIDAD: Los relatos que reúne este drama son todos históricos, aunque por supuesto, muchos detalles deben ser imaginativos. Son históricos todos los personajes, aunque es ficticio el nombre de los cargadores del acto I. Lo que se narra en los dos primeros actos ha sido tomado del libro del mismo Arnot "*Missionary travels in Central Africa*", que ha servido de fuente también para el resto, junto con "*Thinking black*" y "*Back to the long grass*", de Dan Crawford. En castellano, sólo existe al respecto el atractivo librito "Abriendo surcos en el suelo africano", de G. M. Airth.

La ortografía de los nombres corresponden a la de esta última obra, aunque a menudo no es la más frecuente en los libros sobre la época.

2. — ADAPTABILIDAD: Este drama fué escrito para adolescentes del sexo masculino, pensando en sus intereses y posibilidades. Quizá sirva también para algún grupo juvenil o primarios superiores.

3. — POSIBILIDADES DE SIMPLIFICACION: Si se deseara, se pueden representar sólo los dos actos finales. También podría suprimirse el segundo acto agregando un resumen del mismo en boca de Arnot, al final del primero.

En cuanto a los personajes, podría suprimirse algunos de los cargadores del primer acto, como así también de los caballeros ingleses del segundo, retocando un poco el diálogo.

4. — MEJORAS EN LA PRESENTACIÓN: Como en todo drama que tiene un sentido de acción, que representa una vida activa, los movimientos y masas ayudan a dar tal efecto. Cuanta más gente pueda ponerse en el acto I y especialmente en el III, mucho mejor. Aun puede agregarse gente en los otros dos.

Buenos telones de fondo serán de gran ayuda. No se necesitan efectos especiales de luz.

Debe cuidarse en especial el movimiento de telones, de modo que interrumpa a tiempo a los actores. De no ser así, se creará una sensación de desorden y se perderán las impresiones que deben quedar al final. En algunos casos podrá evitarse el telón apagando las luces.

5 — VESTIMENTA: No ofrece dificultades especiales y en algunos casos ya se ha indicado algo de lo esencial.

Los negros, por supuesto, irán someramente vestidos. Si algunos pudieran llevar algo que remedara una piel de leopardo, por ejemplo, eso daría mucho carácter africano al cuadro. Algunos pueden llevar lanzas, arcos y flechas.

Hay que recordar que los africanos no usaban plumas como los indios ni turbantes como los hindúes, sino que iban con la cabeza descubierta.

En cuanto a los misioneros, es necesario recordar que su vestimenta debe ser la de hace medio siglo o más y que no son turistas o exploradores modernos. Deben vestirse con sencillez, agregando sólo botas si fuera posible.

Respecto al arreglo personal, si se quisiera ser muy estricto, podemos señalar que Arnot usaba barbita y bigotes y Crawford grandes bigotes blancos.

Se terminó de imprimir el 11 de marzo de 1956,
en los Talleres Gráficos MacCorquodale y Cía.,
S. R. L., Tacuarí 743, Bs. Aires, Rep. Argentina.



